

HURTADO DE MENDOZA, Diego, Granada, 1503? - Madrid, 1575. Poeta, historiador, diplomático, humanista.

Diego Hurtado de Mendoza fue hijo de Iñigo López de Mendoza y Quiñones y de su segunda esposa, Francisca Pacheco. El padre, segundo conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar por concesión de Juana la loca en 1512, se había destacado en la conquista de Granada, tras la que obtuvo el cargo de capitán general de la Alhambra. No se conoce con exactitud el año de su nacimiento ni la posición que ocupaba en el orden de sus hermanos. Poco se sabe de su infancia y de sus estudios. Pudo haber estudiado en Salamanca o en Italia, probablemente en Siena. Es posible que estuviera en la batalla de Pavía en 1525. En 1535 participa en la expedición de Túnez, de la que también formó parte Garcilaso de la Vega. En 1536 es nombrado embajador en Inglaterra donde pasa dos años. Protegido por Francisco de los Cobos con el que mantuvo una estrecha amistad, es nombrado embajador en Venecia en 1539, cargo que ocuparía hasta 1546. Como embajador en esta república llevó a cabo una intensa actividad diplomática en un nudo de conflictos internacionales e intrigas palaciegas en los que confluían los intereses del Papado, Francia, Turquía, y el imperio de Carlos V. En este tiempo, Hurtado de Mendoza empieza a labrarse una merecida fama de erudito y de mecenas. El embajador domina el griego, el latín, el árabe y el hebreo; sabe de leyes, de filosofía, de historia, de arte y de matemáticas. Desde antes de 1539 ha ido formando una biblioteca que ya en 1543 es famosa por el gran número de manuscritos griegos que posee. Al menos en dos ocasiones envía agentes a buscar manuscritos a los conventos de Grecia y Turquía. Durante las primeras sesiones del Concilio de Trento, pone sus libros a disposición de los asistentes, llegando a formar una efímera -y paradójica- academia aristotélica. Su interés por Aristóteles le llevó a traducir la *Mecánica* del estagirita y a concebir un plan de explicar su obra completa. Desgraciadamente nunca llegó a culminar este proyecto y las notas preparatorias se han perdido. Tras su muerte, la portentosa biblioteca de Mendoza pasó a Felipe II, como heredero de sus bienes. Muchas de sus piezas se perdieron en el incendio de El Escorial de 1671. Como mecenas, Don Diego protegió al Aretino, a Vasari, a Tiziano y a otros poetas y artistas italianos. Mantuvo amistad con Pietro Bembo y Paulo Manuzio, entre otros. Paralelamente a las actividades diplomáticas y culturales, Mendoza desarrolla una intensa y lujosa vida de gran señor renacentista en la que sostiene relaciones con cortesanas famosas como Lucrecia Ruperta, y amistad con damas de la nobleza como Leonor Gonzaga y Marina de Aragón, la Marfira de muchos de sus poemas amorosos. En las divertidas, maliciosas y burlescas cartas que dirige a Francisco de los Cobos, da noticia de una prolongada relación con una judía veneciana.

En 1545 es nombrado veedor imperial en el Concilio de Trento. Sus actividades diplomáticas van orientadas a forzar la celebración del Concilio contra los intereses del Papado y de Francia y las reticencias de los alemanes. En 1547 es designado embajador en Roma. Su relación con Paulo III está afectada por el común recelo. El Papa teme que Hurtado asalte el castillo de Santangelo y Don Diego sospecha que van a atentarse contra su vida. Ese mismo año es asesinado Pedro Luis Farnesio, el hijo del Papa, y duque de Parma y Piacenza. En la conspiración interviene el gobernador de Milán Ferrante Gonzaga y varios nobles locales. El Papa acusa al Emperador de estar detrás de esta conjura. Poco tiempo después, comienza a circular en manuscrito anónimo el *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio*, una sátira lucianesca en defensa de Carlos V muy dura con el Papa y su hijo. La obra ha sido atribuida a Mendoza durante muchos años. En la actualidad, buena parte de la crítica descarta la autoría directa del

granadino, aunque se piensa que la obra debió ser escrita por alguien del entorno de la embajada de Roma y probablemente a instancias del propio Don Diego.

En 1547 es nombrado gobernador de Siena, cargo que simultanea con el de embajador en Roma. En la empobrecida Siena de mediados del siglo XVI, Mendoza es recibido fastuosamente. Sin embargo, pronto las cosas cambian. El deseo de Hurtado de convertir Siena en ciudad imperial, la errónea decisión de mandar construir una fortaleza a costa de la población, la insensibilidad para con las necesidades de ésta y algunas decisiones tiránicas, hacen que los seneses se pongan en su contra. Por otra parte, desde la muerte de Cobos, la posición de Hurtado no es tan firme en la corte. El confesor fray Domingo de Soto es su enemigo desde los días de Trento; tiene en contra a los Toledo, al cardenal Carpi y a otros muchos que no ven con agrado la duplicidad de cargos que ostenta.

En 1552 se frustra su carrera y cae en desgracia. Un incidente con un criado del Papa Julio III hace imposible su continuidad en la embajada romana. Pero, sobre todo, resulta fatal la pérdida de Siena a causa del levantamiento de los seneses con el apoyo de Francia y la pasividad del Papado y de Florencia. Hurtado de Mendoza cae en desgracia. Su regreso a la corte está marcado por la fría acogida del emperador. Todos le culpan del desastre de Siena.

En los años siguientes, realizará diversos trabajos de importancia menor para Carlos V y Felipe II. Durante la agonía del príncipe Don Carlos, protagoniza un violento incidente con Don Diego de Leyva, que desata la ira del rey que lo manda recluir en Medina del Campo, desde donde partirá desterrado a Granada. Se abre un proceso contra él por las cuentas de Siena que no se cerrará hasta tres años después de su muerte. En Granada asistirá a la sublevación de los moriscos y a la cruenta guerra de las Alpujarras, que se extenderá desde 1568 a 1572. De estos acontecimientos dará cuenta en su obra maestra, *Guerra de Granada*, que no se publicaría hasta 1627.

En 1575 es perdonado por Felipe II y regresa a Madrid. Tras sufrir la amputación de una pierna, muere ese mismo año.

Diego Hurtado de Mendoza pertenece, junto a Garcilaso de la Vega y Juan Boscán, a la primera generación española de poetas italianistas del Renacimiento. Su poesía, mucho más experimental y variada que la de sus compañeros de generación, se desarrolla en tres líneas bien definidas, como ha señalado Díez Fernández: la poesía amorosa de corte petrarquista, la poesía octosilábica y la adecuación a la poesía española de una serie de géneros renacentistas ajenos al petrarquismo. Respecto a la primera, su proyecto incompleto de cancionero amoroso a Marfira recoge, tal vez, lo menos interesante de su producción poética. Sus versos resultan duros y vacilantes frente a los de Garcilaso. Aunque la introducción en este cuerpo poético de epístolas divertidas ajenas a lo amoroso le confiere una amenidad inesperada. En la segunda de sus líneas, Hurtado se revela como un extraordinario renovador de la poesía octosilábica, especialmente de la redondilla, forma que cultivó a lo largo de toda su vida: incorpora la agudeza como mecanismo estructurador del poema e incluso escribe cartas en este metro. Por último, Hurtado introduce en España modos y géneros renacentistas ajenos al petrarquismo. En este punto su influencia será decisiva. Por una parte, introduce el modelo de epístola horaciana en tercetos en sus composiciones de este género, entre ellas la dirigida a Boscán. Este modelo se impondría en la poesía posterior frente a la opción del endecasílabo suelto de la también “Epístola a Boscán” de Garcilaso. Mendoza es también el primero en componer una fábula mitológica en octavas reales, la “Fábula de Adonis, Hipómenes y Atalanta”. Asimismo es pionero en la adaptación de una poesía erótica, satírica y burlesca, procedente de Berni, que será decisiva en el desarrollo de estos géneros en el Barroco. La poesía de Hurtado se

publicó en 1610, en edición incompleta que no incluía sus composiciones más obscenas, y no volvió a reeditarse en la época. Anteriormente sólo se había dado a la imprenta su “Epístola a Boscán”, incluida en la tercera parte de la edición de las obras de éste y de algunas de Garcilaso de la Vega de 1543. Sin embargo, su poesía fue leída y estimada por los poetas de su tiempo. De entre los muchos elogios que recibió Mendoza en el siglo de Oro, quizá uno de los más encendidos fuera el de Miguel de Cervantes quién en el libro sexto de *La Galatea* le dedica un sentido homenaje bajo el seudónimo pastoril de Meliso. Incluso puede que –como ha sugerido Alberto Blecua– el prólogo de sus poesías firmado por fray Juan Hidalgo sea en realidad de Cervantes.

Desestimada, por la mayor parte de la crítica, la posibilidad de que fuera el autor del *Lazarillo de Tormes*, como se sostuvo durante mucho tiempo, y discutida su autoría de *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio*, el interés de la prosa de Hurtado de Mendoza gira en torno a su epistolario y, sobre todo, a *Guerra de Granada*. Las abundantísimas cartas de Don Diego tanto las diplomáticas como las familiares dan una completa noticia de los entresijos de la política imperial en Italia, ofrecen retratos precisos y con frecuencia malévolos de personajes históricos de primer orden: papas, cardenales, aristócratas, artistas, etc., y ofrecen muy especialmente la imagen del humanista mundano, libertino, culto, irónico, burlón y finalmente desengañado que Mendoza encarna quizá como nadie en su época. Se le han atribuido también dos escritos en forma epistolar: “Carta del bachiller de Arcadia” y “Respuesta del capitán Salazar”. La primera es la que parece más seguramente de Mendoza.

Guerra de Granada narra la rebelión de los moriscos granadinos desde sus causas e inicios hasta el asesinato en 1571 de Aben Aboó, segundo de sus reyes tras la muerte de Aben Humeya. Aunque su primera edición es de 1627, la obra alcanzó previamente una rápida difusión en manuscritos. Con notables influencias de la historiografía clásica, particularmente de Tácito y de Salustio y, en otro sentido, de Maquiavelo, Mendoza traza el relato desolador, hondamente elegíaco, de la pérdida de los moriscos granadinos y la ruina del reino, junto con el ocaso del poder de la casa de Mondéjar frente a los nuevos letrados impuestos por la política de Felipe II. Una vaga y triste ironía recorre un texto casi nihilista que no ahorra críticas a unos y a otros en la descripción de matanzas y saqueos sin sentido, de decisiones torpes de los mandos militares y políticos, de actitudes fanáticas, de enfrentamientos entre familias nobiliarias y entre éstas y los ministros del rey, de motines, de actuaciones irracionales motivadas por la codicia y el miedo, de estupidez, injusticia y dolor.

Menéndez Pelayo dijo a propósito del estilo de Mendoza: “Nunca nos parece más clásico, es decir, más empapado en el grande arte de los antiguos (que él había estudiado más derechamente y con más independencia de juicio que ningún otro español de entonces) que cuando da más ensanches a la espontánea vivacidad de su natural cáustico, maldiciente y severo. Entonces sí que verdaderamente dilata los términos de la lengua castellana, con aquel decir suyo, de tan precisa rapidez y de tan enérgica condensación: finales bruscos y desgarrados; sentencias que aún parecen correr sangre y quejarse de los dientes de la sierra que las ha dividido”.

Guerra de Granada es la primera historia española moderna, más allá de las crónicas medievales, y sin duda una de las más crudas, desengañadas y verdaderas. Años antes, en carta de 1546, Don Diego había escrito, casi como en una premonición: “En cosas en que se atraviesa la conciencia y el alma nunca dejaré de decir lo que siento”.

OBRAS DE: *Algunas cartas de Don Diego Hurtado de Mendoza, escritas 1528-1552*, edición de A. Vázquez y R. Selden, Yale University Press, 1935; *Guerra de Granada*, edición de B. Blanco-González, Madrid, Castalia, 1970; *Poesía*, edición de L. F. Díaz Larios y O. Gete Carpio, Madrid, Cátedra, 1990; *Poesía*, 3 vols., edición de A. Carvajal, Palencia, col. "El Parnasillo", Simancas ediciones, 2003; [Anónimo], *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio*, edición de J. López Romero, Sevilla, Alfar, 2004; *Poesía completa*, edición de J. I. Díez Fernández, Sevilla, Fundación Lara, 2007.

BIBL: D. H. DARST, "El pensamiento histórico del granadino Diego Hurtado de Mendoza", *Hispania*, vol. 43, 154, 1983, pp. 281-294; A. GONZÁLEZ PALENCIA y E. MELE, *Vida y obras de Diego Hurtado de Mendoza*, 3 vols., Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1941-1943; J. LARA GARRIDO, "Lírica tradicional e italianismo: el vario proceso integrador de Hurtado de Mendoza " en *Del Siglo de Oro (métodos y selecciones)*, Madrid, Universidad Europea-CEE, 1997, pp. 123-129; A. PRIETO, *La poesía española del siglo XVI*, 2 vols., Madrid, Cátedra, 1984; J. ROSES LOZANO, "La 'Fábula de Adonis, Hipómenes y Atalanta' de Diego Hurtado de Mendoza: grados de la imitación renacentista", *Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, vol. 2, 1998, pp. 123-150; E. SPIVAKOVSKY, *Son of the Alhambra. Don Diego Hurtado de Mendoza, 1504-1575*, Texas, Austin and London, 1970.

J. V. Z.